

ANALES MEDICOS

Volumen **49**
Volume

Número **1**
Number

Enero-Marzo **2004**
January-March

Artículo:

Editorial.

Dos presidentes de la Academia
Nacional de Medicina sobresalientes por
su palabra

Derechos reservados, Copyright © 2004:
Asociación Médica del American British Cowdray Hospital, AC

Otras secciones de
este sitio:

- 📖 Índice de este número
- 📖 Más revistas
- 📖 Búsqueda

*Others sections in
this web site:*

- 📖 *Contents of this number*
- 📖 *More journals*
- 📖 *Search*



Medigraphic.com

Dos presidentes de la Academia Nacional de Medicina sobresalientes por su palabra

Enrique Cárdenas de la Peña*

Todos sabemos que muchos médicos escriben, y entre los presidentes de la Academia Nacional de Medicina casi todos, por no decir todos, dignifican la palabra. Díganlo si no, al menos, la fina biografía sobre Pasteur alumbrada por Manuel Martínez Báez; el histórico reflejo declarado como Diego Rivera. Sus frescos, de Ignacio Chávez Sánchez acerca de la cardiología mundial, recogido plásticamente en los muros del Instituto Nacional fundado por él; los cuentos, refranes y relatos del vivísimo Raúl Fournier Villada; o el sistematizado y profundo estudio autobiográfico del extraordinario patólogo Isaac Costero Tudanca. Podría agotar mi tiempo de citar a más, y sólo por ello rehuí la mención de muchos otros. Entremos pues en materia, acompañado ahora por las voces firmes de quienes, especialistas en los territorios que pisan y frecuentan, destacan: uno, dentro de la neumología, así Ismael Cosío Villegas; el segundo, en la otorrinolaringología, Daniel Gurría Urgell.

El doctor Ismael Cosío Villegas, 1902-1985, toma la presidencia de la Academia de manos del doctor Efrén C. del Pozo en 1961. Polémico, decidido, representa para los médicos mexicanos una especie de símbolo por su valentía y vertical postura ante los atropellos gubernamentales de que es objeto en 1965. Desde estudiante, junto con su hermano Daniel, milita en las filas posrevolucionarias del vasconcelismo. Tras su vida estudiantil agitada y su colaboración en el periódico

El Cáncer, toma el camino de la neumología, fisiología en este entonces, por sugerencia del doctor Ignacio Chávez. El doctor Genaro Escalona lo invita a dirigir en el Hospital General, 1928, los pabellones dedicados a los tuberculosos; acepta y allí permanece hasta 1936 en que es inaugurado el Sanatorio de Huipulco, en Tlalpan. Instala el curso primerizo sobre fisiología en el propio Hospital General, en tanto aparecen los dispensarios antituberculosos iniciales en el Distrito Federal. Desde 1929 colabora con don Manuel Gea González en la campaña antituberculosa que se refuerza en 1930 con el plan detallado donde nacen dichos dispensarios. En dos oportunidades es presidente de la campaña antituberculosa que organiza el doctor Aquilino Villanueva. Motiva la independencia de la clínica del aparato respiratorio en la Facultad de Medicina; para sus alumnos escribe el libro *Enfermedades del aparato respiratorio*. Forma parte del personal inicial de Huipulco, al lado del doctor Donato G. Alarcón. Colabora en la plantación y organización del Hospital "Manuel Gea González". Procura un laboratorio destinado a la fabricación de la vacuna BCG, intensifica el uso del catastro torácico en México, promueve numerosos congresos especializados. Es director de Huipulco los años 1956-1965, tiempo en que se programa allí el curso para graduados y se funda el pabellón infantil del sanatorio. Renuncia obligadamente a la dirección al apoyar en forma categórica el movimiento de los médicos adscritos y jefes de servicio del nosocomio, así como el de los internos y residentes, en contra de las autoridades. Como protesta, desde entonces se retira a la soledad, ostracismo que con dignidad él mismo se impone. Nace y muere

* Academia de la Lengua.
Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina.

en la Ciudad de México. Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 20 de mayo de 1936. Casi con reverencia hacia quienes estudia —sus enfermos—, en alguna ocasión expresa con claridad algo que muchos médicos han olvidado después:

El médico debe escuchar con paciencia, interrogar con cautela, examinar con mucha atención. Hace falta hacer de cada caso un particular objeto de estudio, de reflexión, de adiestramiento, transformándolo todo en un precioso elemento de la experiencia, que siempre ha sido y es, especialmente en nuestro campo, maestro de la verdad. En todo este proceso el médico no debe tener preocupaciones de una “escuela” determinada; para el buen médico debe existir un interés único: el conocimiento de la verdad... Debemos ver al hombre en el enfermo, tratándolo como nos gustaría que nos trataran a nosotros en sus condiciones, y establecer determinados vínculos afectivos para tener derecho a su confianza, a su abandono, a cambio de todo lo que le damos de nosotros mismos. Respetar siempre al hombre, inclusive cuando no sea más que los escombros de una miserable existencia. Mente y corazón en el ejercicio digno y honesto de la profesión, tal es el camino a seguir por el buen médico. En efecto, el mejor médico será el que reúna en sí la ciencia, la técnica, la personalidad y un profundo sentido humano de la vida.

Y, cuando pasado el tiempo, las vicisitudes de su existir le son ingratas, casi reclama:

Sé que otros grupos me discutieron, me criticaron, me analizaron y que, aun muchos amigos míos, dieron un veredicto adverso, no por falta de méritos académicos, sino por temor a la sinceridad de mis actitudes, al desprecio por los convencionalismos, al mantener una actitud rebelde, al horror al servilismo, a mi presencia del sentido del humor; en pocas palabras, al pensar que soy impolítico. Esta actitud no ha hecho sino confirmar mi tesis acerca de los valores humanos, sin que me hiera ni me sorprenda.

Para que en su toma de posesión como presidente de la corporación, el 8 de marzo de 1961, en medio

de gran expectación, aclare con un sentido humanitario poco común, envuelto todavía por su irresistible carisma, dentro de un discurso vehemente:

El hombre de ciencia que sólo es hombre de ciencia, como el profesional que sólo conoce su profesión, puede ser infinitamente útil en su disciplina, pero si no tiene ideas generales más allá de su disciplina, se convertirá irremisiblemente en un monstruo de engreimiento y de susceptibilidad. Creerá que su obra es el centro del Universo y perderá el contacto generoso con la verdad ajena; y más aún con el ajeno error, que es el que más enseña si lo sabemos acoger con gesto de humildad. Y para que no ocurra así, es menester el alivio de una vena permanente y fresca de preocupación universal. He aquí porqué, a la larga, la mente humanística, aunque parece dispersa, tiene mucha mayor capacidad de penetración que la mente radicalmente especializada... El humanismo se parece por fuera, sólo por fuera, al enciclopedismo, mas sólo los cortos de vista los pueden confundir. No sólo no son la misma cosa, sino que en cierto sentido son cosas contrarias. Lo son en el sentido más profundo y definidor de las dos actitudes. El enciclopedista quiere dar una apariencia de sabiduría a la multitud de sus datos. Al humanista, su saber, cuanto más vasto, más radicalmente lo lleva a una conclusión humilde, pero llena de comprensiva ternura, de su sabiduría y de la de los demás. Mide el enciclopedista su saber por el número de cosas que conoce. Al humanista no le importa saber mucho, sino sólo las cosas esenciales para comprender lo que no puede saberse. El enciclopedista huele a catedrático y el humanista a maestro.

Quien renueva la otorrinolaringología en nuestro país, Daniel Gurría Urgell por nombre, según exprese, representa un caso excepcional en los anales de la Academia. Sus generales indican que, nacido en 1884 en Pichucalco, Chiapas; muere en la ciudad capital durante 1971. Primero dentro de una cadena secuencial de otorrinolaringólogos de la familia, es quien releva en el cargo de presidente de la Academia Nacional de Medicina a don Manuel Martínez Báez. Estudiante en Villahermosa, Tabasco, acude a

México y no se desprende ya de la urbe. Catedrático de anatomía y después de otorrinolaringología en la Facultad de Medicina, dirige los servicios de la especialidad en el Hospital Central Militar, en el consultorio principal de la Beneficencia Pública, en el Hospital Béistegui y en el de los Ferrocarriles Mexicanos. Médico muy culto, humanista, practica un lenguaje impecable y escribe historia a la par que ensayo. Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 20 de mayo de 1936 y, como presidente, insólitamente dimite en junio de 1942 (recordamos que debe cubrir el periodo 1942-1943, 1944 sí cumple el bienio) en condición irrevocable, por considerarse incapacitado para desempeñar el cargo. En 1947, solicita su retiro como académico por sentirse poco útil a la corporación. La Academia no acepta su renuncia y lo nombra miembro titular de ella, al tomar en cuenta su prestigio y personalidad. En realidad, el doctor Mario A. Torroella, a la sazón vicepresidente, toma las riendas de la corporación. De sus escritos, sobresalen *Semblanzas y Sinopsis laringológicas*.

Dice él cuando asciende a la presidencia:

Me inquieta la discordancia entre mi encargo y yo. Con una geografía sin fechas, vacua entre dos paréntesis: natalicio y fenecer, me siento en vilo y memoro prendas que lucieron en ocasiones repetidas los presidentes que vi: frecuencia en el trabajo, verbo fácil, idea pronta, ánimo sereno y atención alerta: una camándula de brillos... Este encargo no confiere preeminencia: el presidente de esta Academia ni es jerarca ni es guión; ella es un total concorde en el rumbo y en la maniobra. Aquí los hombres emergen de las tareas del conocer y valen por sus intelecciones los que hallaron una hebra de luz, los penitentes de engaño y los de duda confesos, los infieles a la revelación, en fin, todos aquellos de los que dijo Frazer: “habituados a la hidra del error, tan hondamente, que al cercenar una de las cabezas del monstruo, saben muy Bien que la misma u otra pueden brotar de nuevo...”. Pertenezco a una generación que está dejando la vida y que dejó las aulas cuando había periclitado el episodio fundamentalmente clínico de pedagogía médica, sintiendo, al decir de Juan Ramón Jiménez, “como se agarra el presente a los pies del futuro para no dejarlo mar-

char sin él al porvenir”. Lo excitante entonces como doctrina y norma de enseñanza, con el advenir de la bacteriología y de la anatomía patológica dilató los términos, pero en aquel segundo del acontecer, el médico cirujano partero aún no se desintegraba y los hombres de la Academia se entendían con un solo decir... Se ha dicho —James— que “sólo podemos hablar de modo estable y consistente cuando tanto en el lenguaje como en el pensamiento tratamos con géneros” y “que todas nuestras verdades llegan a ser construcciones verbales que se almacenan y ponen a disposición de todo el mundo”. “Ninguna especialidad que toque la clínica puede sostenerse por sí misma y sin embargo el mundo médico está en un nominalismo de facto que disyunta el microcosmos que es la Academia y la disyunta pese a la lengua madre de la biología, de la química y de la anatomía, y aquí donde se suponen manifiestos los valores más preciados, el comentario languidece al concentrar sus fuegos el debate porque los tecnicismos especiales trasponen la interpretación inmediata de la cosa significada... ¿Es la mía una actitud escéptica? Lo es sin duda como un antever condicional: no obstante, en mi visión de lo posible no involucro a la ciencia médica pura, que “no hay, dijo Claudio Bernard, medicina ni fisiología distintas, no hay más que una ciencia de la vida y no existen más que fenómenos vitales que tratamos de explicar tanto en estado patológico como en estado fisiológico”. La ciencia médica pura siempre hallará su Spengler para circunscribir en generalizaciones fecundas por verdaderas, este mundo nuestro que desde el amanecer de la conciencia pelea con la vejez en marcha, con el dolor apenas entontecido con la droga y acepta como único grande ante la muerte al fuego de la especie que por el haz de la tierra toda la vida enciende. Es que la ciencia no pide la victoria sino la libertad, el solo mito por el que vale la pena de morir...

Podemos referir el que, entre los estudiosos, el discurso leído así el 1 de octubre de 1942 merece ser considerado como el más relevante en la historia de la corporación. Hoy me pregunto: ¿sabemos velar ahora por nuestra lengua como estos dos señores, quizá colosos de la palabra, no sólo médicos?